

Real Academia de Bellas Artes
y Ciencias Históricas de Toledo.

— Notas para el estudio de la Prehistoria,
Etnología y Folklore de Toledo y su provincia

Discurso de recepción leído en la Real Academia
de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo,
por el Académico electo,

D. ISMAEL DEL PAN,
Catedrático del Instituto.

ILMO. SEÑOR,

SRES. ACADÉMICOS,

SEÑORAS, SEÑORES:

Hace ocho años, llegaba yo a Toledo en una tarde invernal, con un frío glacial, y una lluvia menuda que calaba los huesos y hacía más intenso el frío. En un coche fantástico, por sus dimensiones, por lo desvencijado y por lo capaz de acabar con todas las vísceras de mi cuerpo, merced al masaje vibratorio de sus desconcertados movimientos, trepé hasta Zocodover.

Allí descendí en compañía de mi equipaje, y de la lluvia, que seguía cayendo. Contemplé unos instantes la legendaria plaza, miré en derredor, y os confieso que no sé si por los efectos del viaje o del ambiente, me acometió una melancolía, sin límites, y creíme en medio de la más espantosa soledad. Hasta el Alcázar comunicóme el supersticioso terror de su ingente magnificencia, y creí que avanzaba, hacia mí, para aplastarme con su mole de piedra. Huí de allí, después de averiguar el domicilio del Director del Instituto, pues venía a tomar posesión de mi cátedra, y también debo haceros otra confidencia: que durante el trayecto, no se apartaban de mi memoria unas palabras que, con irónica

compasión, me dijo en el tren, un viajero, al saber que yo venía a Toledo: «Del toledano, guárdate tarde o temprano».

Bajo estos auspicios entraba yo en Toledo, y recorría el camino que me separaba del domicilio del Director del Instituto. Fuí a parar, a la postre, a un callejón, que más bien semejaba una grieta, abierta por algún terremoto, en la medianería de dos casas contiguas. Era el «Callejón del Lucio». En ese simulacro de calleja, hubiera sido difícil decir cuál era la acera de enfrente, porque su anchura se abarcaba con los brazos, y el horizonte que se divisaba desde el fondo de aquella garganta urbana, era un pedazo de cielo del ancho de una serpentina.

Al fin, en su modesta hospedería del «Callejón del Lucio», me avisté con mi futuro Director. Era éste D. Ventura Reyes y Prósper, sabio y santo varón, «padre de los pobres», según le calificó un pilluelo que, encaramado en el estribo del coche, subió hablando, conmigo, desde la estación a Zocodover. Desde el primer momento, me cautivó la conversación de D. Ventura, en la que insensiblemente vertía el contenido de su inmenso bagaje cultural. Y hasta me pareció que hacía mucho tiempo que ya éramos amigos, al contemplar aquel rostro, luengamente barbado, que tenía la tranquilidad del justo y la serenidad del sabio, y en cuyo dulce mirar, existía la atracción de una simpatía fraternal.

Difícil me pareció que la gran humanidad de D. Ventura, que muy bien pasaría de los cien kilos, pudiera contenerse, a su paso, por tan estrecho callejón, como en el que habitaba, pero aún me pareció más imposible que aquel talento privilegiado, aquel corazón noble y aquella alma tan grande, pudieran haber permanecido secuestrados, más de veinte años, en el estrecho recinto moral de una capital de provincia, aunque ésta tuviera tanto arte y tanta historia como Toledo.

Largamente me habló tan docto Catedrático de las joyas artísticas de la ciudad, de su historia, de sus tradiciones, de lo que representa ante el mundo entero. Enumeró algunas de sus ventajas, incluso la de la proximidad a la Corte de España. Pero yo no acababa de convencerme.

—Mire Ud., D. Ventura—le dije yo—, no concibo a Toledo más que como museo. Yo vine, en cierta ocasión, de turista, y pasó un día bueno. Pero, a la verdad, para vivir aquí, continuamente, se necesita tener alma de asceta o asimilarse el espíritu

de Diógenes, con su tonel y todo. Aquí quisiera yo ver a esos señores, que recorren el Toledo monumental en automóvil, o a algunos doctos Académicos que cantan sus bellezas desde Madrid y lo toman, si acaso, como objeto de estudio, durante sus correrías de veinticuatro horas.....

Don Ventura me miró con suave benignidad, y yo adiviné, en aquella expresión, el efecto de mis profanadoras ideas. Sonrió, con placidez, y cuando yo esperaba una respuesta que rectificase, por completo, mis palabras, hubo de decir:

—Tiene Ud. razón. Toledo es una población incómoda, fea y, hasta si Ud. quiere, desaseada. Pero, en vez de guardarse de los toledanos, gente buena, a carta cabal, guárdese del ambiente espiritual de Toledo, que, conforme se vive, más se infiltra en el alma, y convierte en prosélitos, entusiastas, a los más recalcitrantes detractores. Créame, si piensa Ud. salir de aquí, hágalo pronto, porque si deja Ud. pasar un año, será Ud. con Toledo para toda la vida. Tome ejemplo de mí, que soy en Toledo más seguro que el Tajo.

Con esta profecía, que para mí tenía, entonces, poco de agradable, terminó su amena charla mi sabio compañero. Despedíme, yo, resignado, aunque no convencido, y zozobrando en mi marcha por el desigual empedrado de las rúas toledanas, me encaminé al hotel, madurando el plan que más posibilidades me ofreciera para salir pronto de la vieja ciudad. Aquella noche me acosté descorazonado; las palabras de D. Ventura me habían dejado más helado que el ambiente; y eso que, al meterme entre las frías sábanas de mi cama, no pude menos de recordar la anécdota del Doctor Thebussen, y decir con él: «Noche terrible, la que estarán pasando los Canónigos de la Catedral».

.....

.....

.....

¡Qué ajeno estaba yo, entonces, Sres. Académicos, de que llegara un día en que pudiera encontrarme en vuestra presencia! Pero pasó el año a que aludió D. Ventura, y se cumplió el vaticinio de aquel hombre eminente que, como todo hombre grande, tenía mucho de profeta. Tras de aquel año, han seguido otros de permanencia en Toledo, y «sus horas», como diría Vegue y Goldoni, eximio toledano, han ido destilando en mi espíritu la refinada esencia de su arcaica seducción.

Hoy puedo deciros, ya, que no tomaría tan presto mi maleta para salir de Toledo, por los mismos motivos que me impelían a llevarlo a cabo el día que llegué. Mi equipaje está, ahora, pletórico de emociones toledanas, que me ligan a vuestro sentir y a vuestro pensar. En vuestra ciudad he visto acrecentarse el bagaje sentimental de los recuerdos; en ella han transcurrido los días felices de las primicias de un hogar; algunos de mis hijos vieron la luz primera, al cobijo de las legendarias ruinas de vuestro Toledo, y, por último, en ella recibo, también, el inmerecido homenaje de vuestra hidalguía y hospitalidad, ofreciéndome un puesto en esta Real Academia, en donde la sabiduría y el talento de tantos ilustres Académicos, cuya valía se refleja en el mérito de sus publicaciones, obscurecen el tenue fulgor de luciérnaga de mi escaso valer intelectual.

Considerad, pues, las causas de mi evolución ideológica, respecto a Toledo, y ellas os reflejarán la cuantía de mi gratitud. Perdonad si, hasta hoy, supe resguardarme de las flechas de la galantería y gentileza de tantos queridos amigos, Académicos de esta docta Corporación, que solicitaban mi modesto concurso en las tareas de acendrado toledanismo y amor al estudio del arte y de la historia de Toledo. Pero debo advertiros que, así como la fruta debe cogerse cuando está madura, los hombres que aceptan cargos, como éste con que me obsequiáis, deben hallarse, también, en plena madurez de edad y de conocimientos. Ninguna de estas condiciones he logrado aún reunir; pero, pues que vosotros lo queréis, sea: y ya podéis empezar a arrepentiros de haberme admitido en vuestro seno.

Puesto ya a recibir el espaldarazo de vuestra culta mano, como cruzado de este ilustre Capítulo de la Investigación histórica toledana, permitidme que, por unos instantes, fije mi atención en el puesto que me habéis reservado.

Cuando pregunté quién era el Académico a quien yo iba a sustituir—suponiendo, desde luego, que había pasado a mejor vida—, me encontré con la grata sorpresa de que era un señor que seguía perteneciendo al mundo de los vivos. Y os reitero que me sorprendió, muy gratamente, porque no me hubiera hecho ninguna gracia escalar, de favor, ningún puesto que dejara vacante la Parca. Así, en la situación actual, aún me queda el recurso, cuando os convenzáis de que no sirvo para estos menesteres, de invitar otra vez al Académico que, por su voluntad, dejó

el sillón vacío, a que vuelva de nuevo a ocuparlo, lo que no sería fácil hacer con un muerto.

Mas, si como os digo, me satisface, altamente, sustituir a un Académico lleno de vigor y de vida, eso mismo me pone en grave aprieto, en estos instantes, tratándose de la persona de don Verardo García Rey, Comandante Profesor de la Academia de Infantería, de mérito intelectual reconocido, no ya en Toledo, sino en toda España y en el extranjero. Desde luego, que sería interesantísimo hacer aquí la biografía de este ilustre militar, a quien tanto deben las letras españolas; pero es empresa superior a mis fuerzas, porque todo cuanto pudiera decir sería pálido reflejo de su saber y de su bondad y, además, porque, según oír decir a un monaguillo de la Catedral, diestro en su oficio, es muy difícil manejar el incensario en las misas de Pontifical.

Yo, por ahora, me limitaré a decir aquí que, como formador espiritual de la juvenil población del Alcázar de Toledo, es uno de los profesores de ese Centro más capacitados en su materia, y de los que han cosechado más sazonados frutos pedagógicos.

No puedo entrar, tampoco, en pormenores respecto a su labor como publicista. Todos, mejor que yo, le conocéis en este sentido, pues muchos de sus trabajos figuran en el BOLETÍN de esta Real Academia, y otros han sido justamente laureados en concursos y certámenes.

El extraordinario afecto con que me distingue nuestro Director, Ilmo. Sr. D. Teodoro de San Román, y los distinguidos Académicos que me propusieron para el cargo, me hace creer que mi modesta persona viene a llenar un vacío en la Corporación, por lo que se refiere a los estudios de Prehistoria y Etnología toledanas. Pronto habéis de ver cómo el hueco que pretendéis llenar resulta demasiado holgado para mí. Entre tanto, dadme licencia para que hoy os presente el boceto del cuadro que ofrece la provincia de Toledo, al prehistoriador y al etnólogo, con el siguiente tema: